

Un abrazo entre las lágrimas



El recuerdo más vivo del Hermano Roger lo tengo entre los más tiernos y dolorosos momentos de mi vida: acababa de enterrar a mi madre hacía menos de cua-

tro horas cuando entraba en el templo de Nuestra Señora de Guadalupe, allí se realizaba una vigilia de oración largamente preparada durante meses con los hermanos de la comunidad de Taizé y jóvenes madrileños de infinidad de parroquias que conocíamos o habíamos pasado en alguna ocasión por la campiña francesa y allí cerca de la mítica Cluny y en aquella perdida aldea donde se alza la Iglesia de la Reconciliación habíamos hecho experiencia de encuentro con Dios a través de los hermanos, de jóvenes y adultos de los cinco continentes o bien tuvimos la presencia acariciadora del silencio en medio de la borgoña francesa, rica no solo en vinos, sino en belleza interior que mejor que nadie hace patente esta comunidad de hombres tan prodigiosa como singular, “parábola del evangelio”, suelen decir ellos...

Me costó, nunca mejor dicho, Dios y ayuda, entonar el himno que salmodiaban a forma de canon cientos de gargantas en ese momento “Confitemini Domino quoniam bonus” (Confío en el Señor porque es bueno)..... tenía rota el alma y debía decirle a Dios que Él era bueno y que confiaba...

Entre lágrimas, tuve que hacer un acto de fe como nunca, tras perder las raíces

mas queridas; y agotado el cántico de muchos otros cánones fui aplacándome y al caer la noche, ya terminada la vigilia, Roger y otros hermanos se pusieron, como es habitual en ellos, a saludar y abrazar a todos aquellos que quisimos acercarnos.

No se por qué me acerqué buscando, en ese ya entonces venerable anciano, algo de consuelo..., aún tenía el recuerdo fresco de las dos veladas que pase con él en los recintos de la comunidad cuando en la última estancia en Taizé se acercó a mí en la oración de la tarde para que junto a otros jóvenes compartiéramos la cena con él...

La suavidad de sus movimientos, la sonrisa franca y la mirada entre profunda e inocente, te desarmaban del todo cualquier defensa y era como estar en casa con un viejo amigo y además gozar de un rato de paz... irradiaba una gran serenidad...

Quizá era esa necesidad de serenidad y aceptación sin límites la que sentía agitándose en mi interior ese 23 de abril de 1982..., el caso es que me acerqué a él y solo pude cambiar un gesto mutuo de reconocimiento y decirle que mi madre había muerto el día anterior.

Fue un cálido abrazo, que no olvidaré, con los ojos de Roger y los míos llenos de lágrimas y sin embargo henchidos de esperanza; como una caricia de Dios a través de sus manos y su mirada, no hubo nada más; pero dejó su huella.

Después le volví a ver en algún otro viaje a Francia con mi esposa y el año pasado con mi hija mayor..., jamás tuvimos la ocasión de hablar aunque si nos saludamos con ese saber mirar silencioso del amor.

Quiero traer aquí a la memoria algún gesto que me impactó hondamente en su

estar con nosotros, a veces lo pequeño es lo hermoso, y, los signos casi imperceptibles se hacen sacramento...: la delicadeza al servirnos la cena con sus manos y de rodillas como un siervo y tomar el último puesto en la mesa, o el tono de voz que invita a la profundidad y el gozo cuando hablaba de Jesucristo, dejaban a las claras que en verdad vivía la pobreza, el sacrificio, la sencillez y la oración como un juego y un canto que ofrecía a los demás y ponía en manos del Señor... la "simplicité" que decían los hermanos, y la acogida calurosa de las gentes doloridas... yo pude verla en directo... no eran "programa" ideológico sino hechos cotidianos que manaban con facilidad, una delicadeza llevada al extremo que se tornaba presencia de los humillados en medio de la tarea cotidiana en la colina acogiendo a todo aquel que iba en búsqueda de sentido... y presencia como oferta en la compañía cercana de las pequeñas fraternidades en los más recónditos enclaves de la miseria ya sea en Bangalore o en la Cocina del Infierno en las populosas urbes norteamericanas tan llenas de excluidos.

En uno de los encuentros anuales de oración que celebraron después del Concilio de los Jóvenes, en Roma, Frere Roger le expuso a Pablo VI su ilusión de volver a la unidad de la Iglesia Católica..., y el Papa le dijo que continuara trabajando por el Reino de Dios y por la Unidad de la Iglesia desde su Comunidad, que allí era donde se le necesitaba..., nunca más volvió a plantearlo, pues aceptaba la voluntad de Dios como un don preciado... y su esperanza se basaba en la dinámica de lo provisional. Se mantuvo fiel a la primera intuición de la llamada a ser vínculo y no protagonista, puente y no actor principal, semilla de un amor decía Roger, en sus oraciones en la que hablaba con Jesús como con un amigo o un hermano: "Tu, el Cristo" , era el comienzo de sus meditaciones.

Recuerdo a uno de los hermanos más antiguos de la comunidad, frère Charles Eugene, que hizo de "compañero" en mi discernimiento en aquellos años difíciles cuando no tenía clara mi vocación, y mi profesión me causaba conflictos morales... Nunca dirigió y estuvo ahí al lado desde el silencio respetuoso a la acción del Espíritu, que en cada uno de nosotros gime con fuerza.

Jamás forzaban nada y su dicho era siempre "on verra" ,...(se verá)... , haz cuanto puedas , haz cuanto ames y déjalo en manos de Dios....

Para mi vida fue providencial la confianza absoluta en el amor de Dios que Taizé transpira... por eso dan frutos y crecen y son escuchados hasta por los alejados o por los jóvenes a los que tanto nos cuesta transmitir la fe y la fuerza en la lucha..., para ellos es fácil, porque en verdad viven de Dios.

Se nos fue un hombre de paz y de escucha , virtud rara hoy en día..., un hombre pobre y abierto a los más pobres, un hombre de Dios... pero su comunidad dio el mejor testimonio el día de su cruel muerte. Pocos instantes después de ser acuchillado, le retiraron del templo, (fue mientras rezaban,) ... y la comunidad siguió orando... poniéndose en manos del Único que sabe donde y como crece el Reino...

Confitemini Domino quoniam bonus. Adiós, Roger, hermano en la confianza , gracias por estar resucitado, un abrazo. Espero encontrarte como tu decías en el asombro de un amor en donde florecen los desiertos del corazón, para tener una fiesta sin fin

En Zarzaquemada, con encuentros y entregas por vivir, tuyo Fernando.

F. FERNÁNDEZ